

DOÑA PILAR, LA MAESTRA QUE VINO DE LAS MINAS

Enrique Satué Oliván-2018

La primera vez que vi impresas las huellas de doña Pilar Cenera Lorenzo fue el año 2004 en la antigua escuela de Orós Bajo, a escasos kilómetros de la villa de Biescas. Había sido destinada a esta escuela mixta, de modo provisional, al ser clausurada su escolita de Berbusa el 12 de mayo de 1958.

Como nos suele pasar a las personas aficionadas a la investigación, incapaces de asimilar todo lo que les atrae y se cruza en su camino, doña Pilar y los documentos escolares que había encontrado en Orós los orillé hasta que, casualmente, di con una hija en Sabiñánigo. Se trataba de Carmina Díez Cenera, nacida en Mieres en 1928, que yo conocía desde niño por ser modista, amiga de mi madre y haberme hecho una cazadora de tela que, si cierro los ojos, aún recuerdo con emoción. Como resultado de aquella entrevista comenzó a dibujarse la biografía personal y profesional de “la maestra que vino de las minas”.

Promedio de escolares beneficiados con los distintos productos: 9

Balace de productos en kg. neto

ARTICULOS	Existencias mes anterior	Entrada en el mes	Consumido en el mes	Remcaente para otro mes
Leche en polvo...	—	14,000	2,500	11 ⁵⁰ 0g
Mantequilla....				
Queso.....		2,800	2,160	640g

Con los datos que anteceden, hago constar que el “Complemento Alimenticio” se ha facilitado a los escolares conforme a las Normas Sanitarias establecidas, completamente gratuito y sin que haya supliido comida ordinaria alguna.

Berbusa a 31 de Marzo de 1957

Director
Pilar Cenera

Observaciones:.....

El tema lo volví a aparcar hasta que surgió la posibilidad de hablar con dos antiguas alumnas de Berbusa que residen en Barcelona y que poseen segunda residencia en Biescas.

Este es el periplo que culmina en la Navidad de 2017, cuando al terminar el año visito de nuevo la vieja escuela de Orós, me acerco al despoblado de Berbusa, y redacto este artículo.

Doña Pilar había nacido en Mieres (Asturias) en 1896. Estudió Magisterio en Oviedo y comenzó a ejercer en las Escuelas del Ave María que poseía la Real Compañía Asturiana de Minas en Villabona, en una pequeña población, situada en el triángulo Avilés-Gijón-Oviedo, ocupada en la explotación de fluorita y en la actividad ferroviaria.

A comienzos del siglo XX la educación pública era muy deficitaria en Asturias por lo que las empresas mineras, movidas por el regeneracionismo, el paternalismo y la filantropía, solicitaron el sello de la Pedagogía manjoniana para hacer frente a las carencias de una infancia que vivía en un ambiente deficitario en higiene y atención, al tiempo que se combatía con dicho modelo escolar, católico, la ideología obrerista que inundaba las minas.

La política social de las empresas mineras no sólo se extendía a través de la educación, sino que lo hacía, también, por la sanidad, la vivienda y los economatos.

Las Escuelas del Ave María fueron creadas por el Padre Manjón (1846-1923) en el Sacromonte Granadino para ocuparse de la educación integral de la infancia desfavorecida, en buena medida de etnia gitana. El eje básico de sus principios era el religioso. Su pedagogía se ubicaba en el marco de la Escuela Nueva, para dar especial relevancia a la enseñanza activa en contacto con la naturaleza, a través del juego, el teatro y los talleres, sin relegar lo más mínimo la enseñanza a las niñas.

La huella de Pilar Cernera que he podido seguir a través de sus escuelas en el Alto Aragón, reflejan bastantes trazos de la Pedagogía manjoniana.

De su matrimonio, Pilar, obtuvo satisfacciones y dolor. Su esposo, minero, falleció joven a consecuencia de la silicosis, dos hijos murieron temprano y otros dos dedicaron su vida a la Iglesia, uno sirvió como sacerdote por la Ribagorza y otro falleció como misionero en Zimbabue.



Pilar Cenero, en medio, junto a cuatro de sus cinco hijos, en una visita a la Asturias natal, a mediados de los setenta. Carmina a la derecha.

Su hija Carmina señala que aunque su madre cobraba el doble en las Escuelas del Ave María, a efectos de jubilación, le interesaba más ejercer el magisterio en el estado. Lo que le llevó a dejar el colegio de Villabona y empezar una larga interinidad por la provincia de Santander (Liérganas, Reinosa...) hasta que en 1950 fue desplazada a la provincia de Huesca, donde la vemos participar en el “concurso de méritos para la provisión de escuelas rurales” en el que participan 60 maestras y un varón, y donde doña Pilar obtiene la escuela rural mixta de Berbusa.

Según el Estatuto del Magisterio de 1947, su artículo 41 se ocupa de la provisión de las “Escuelas rurales” por maestros o maestras interinos de más de 35 años en los que se diesen ciertos requisitos familiares o ideológicos; en definitiva, un modo de facilitar trabajo, aunque fuese de difícil desempeño, a aquellas personas mayores que no habían podido, por distintas circunstancias, aprobar las oposiciones.

Así, en aquellos momentos en que todavía no se había producido el éxodo rural, y que en la provincia de Huesca había 1125 escuelas, junto a la escuela de Berbusa, serían adjudicadas otras como Gillué, Sin, Ejep, Mipanas, Villanovilla, Fet, Nocito, Clamosa u Otal, a dónde sería destinada Francisca Martínez Sesma, natural de Alsasua y que, a pesar de estar separada por el monte de Erata, desde los primeros días, mantendría una estrecha relación con doña Pilar.

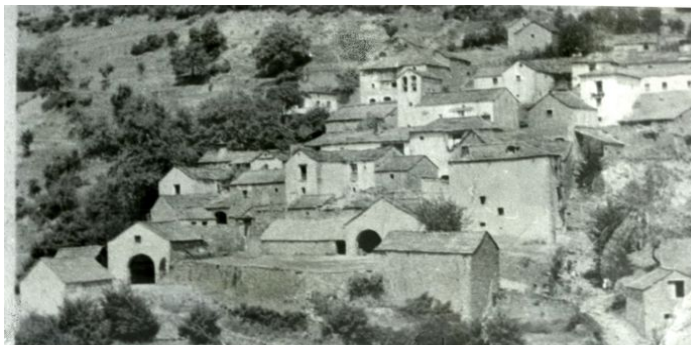
En Berbusa ejercería desde septiembre de 1950 hasta el 12 de mayo de 1958, en que sería clausurada la escuela. Posteriormente obtendría destino en la cercana escuela mixta de Orós alto, en la de Espuëndolas, próxima a Jaca, y hecha propietaria definitiva, hasta que se jubiló en 1964, en una escuela de la parte oriental de la provincia, que bien puede ser Besians, La Puebla de Castro, Permisán o el Grado, pues el periódico Nueva España de la capital señala en junio de 1963 como 35 alumnas, procedentes de estas escuelas, que acababan de realizar unos ejercicios espirituales, visitan la “Campaña de Promoción Turística de la provincia de Huesca” en la Casa de la cultura, acompañadas de las maestras Pilar Cenera y Consuelo Rodríguez.

Cuando doña Pilar dejó su tierra asturiana y llegó a Berbusa, en 1950, tenía 54 años. El viaje lo haría con sus hijos Carmina y Felipe. Poco esfuerzo hay que hacer para imaginarnos la intriga que supondría para ella aquel remoto e ignoto destino en el Pirineo aragonés, tampoco la sorpresa que sentiría al llegar en tren a Sabiñánigo, subir con la Tensina hasta Biescas y, desde allí, en tres largas horas a pie, por Orós Alto y Bajo, Oliván, introducirse en un vallecito transversal, en el que al poco de andar, divisó, colgada en la solana una diminuta aldea de doce casas rodeadas por abancalamientos y un robledal. Era Berbusa, el diminuto núcleo que, junto a otros del entorno, iba a ser comprada tres años más tarde, por el Patrimonio Forestal del Estado.

Berbusa tenía diez casas cuyos nombres reflejaban la economía del lugar. Así, Casa Piquero, señalaba que en el pueblo había magníficos albañiles que dejaron su impronta en sus casas y en las de los núcleos del contorno; Casa Tejedor, que la agricultura y la ganadería daban para muy poco, por lo que debían complementar la economía con trabajos artesanos como el de hacer carbón vegetal de roble para llevarlo a vender al Balneario de Panticosa; y finalmente, Casa Racimo, que a pesar de la filoxera, hasta después de la guerra civil, en Berbusa se cultivó la vid y se produjo vino en varios lagares.

Cuando llegó doña Pilar a Berbusa, el núcleo aún no se había repuesto de los destrozos de la guerra y no poseía luz. Hasta la contienda existía una turbina instalada en el Barranco de la Tosquera para iluminar sus casas y las de los vecinos núcleos de Casbas y Susín, pero la guerra terminó con aquella iniciativa que había partido de la casa más ilustrada del contorno, de Casa Mallau de Susín. La turbina fue llevada por los soldados

republicanos a Lafortunada y, de nuevo, tras la guerra hubo que volver en Berbusa a la tea o al candil. Por otra parte, el sacerdote de la antigua rectoría de Berbusa ya no residía en aquella población sino en Biescas.



Berbusa en tres tiempos:

Arriba, Berbusa en los años 50 (Fototeca de Amigos de Serrablo).

En medio, Berbusa hoy, invadido por la maleza (a la derecha escuela vieja con la vivienda de la maestra y, a la izquierda, la nueva construida antes de la guerra.

Fotografía: Eduardo Sánchez).

Abajo, detalle de Berbusa y su "escuela nueva". Fotografía tomada en la década de los 90 del siglo pasado.

Curiosamente, entre la pequeña muestra arquitectónica que suponía Berbusa –diez casas, la iglesia junto a la abadía, y las bordas o hierberos – dos edificios estaban dedicados al tema escolar. A oriente, sobre el camino que iba a Ainielle, se levantaba la casa de la maestra y, a oriente, enclada, la nueva escuela construida antes de la Guerra Civil.

El primer edificio sería construido en el último cuarto del siglo XIX. En la parte baja estaba el zaguán y la herrería. En el primer piso, el hogar, la cocina y una amplia estancia que serviría de escuela. En las escaleras estaba el excusado o retrete. Y en el segundo piso las habitaciones. Ni que decir tiene que la casa, como todas, no disponía de luz ni de agua corriente. Este edificio hay que asociarlo a la primera etapa escolar de Berbusa en que, junto a Ainielle, los dos núcleos formaban un “distrito escolar” único en el que se daba “enseñanza de temporada”, medio curso en una escuela y medio en la otra, con el consiguiente desplazamiento diario del alumnado, acompañado de un enorme absentismo escolar y continuo cambio de maestros y maestras mal situados en el escalafón.

El edificio oriental, debió ser hecho, como el de Ainielle, en la dictadura de Primo de Rivera, y su construcción señalaría el fin de la enseñanza de temporada en ambas aldeas. Se trata de un pequeño edificio de planta rectangular, con tejado a cuatro aguas y amplias ventanas construidas según las directrices higienistas del Ministerio. El suelo era de tarima y las mesas fueron llevadas a Barbenuta, de cuyo ayuntamiento dependía Berbusa, cuando se clausuró la escuela.

Las gentes de Berbusa marcharon, por este orden, a Biescas, para seguir en el sector primario, a Sabiñánigo, para integrarse en la industria, a Zaragoza y a Barcelona.

El patrimonio Forestal del Estado había adquirido el pueblo y su monte, junto a otros casos en la zona, para realizar repoblación forestal y frenar la erosión que colmataba los nuevos pantanos de la cuenca del Gállego. Lo hizo en 1953 pero se consintió la estancia de los vecinos hasta 1958, año en la que se clausuró la escuela, siendo doña Pilar y el cartero Casimiro los dos últimos habitantes oficiales, la primera hasta que comenzó el curso siguiente en Orós y el segundo, un tiempo más, mientras quedó alguna familia en la cabecera del Barranco de Oliván.

Las hermanas Conchita y Rosario Malo Miranda, nacieron en Berbusa en 1947 y 1950, respectivamente. Lo habían hecho en Casa Racimo y, en la actualidad, residen en Barcelona. De aquel tiempo y de su maestra doña Pilar conservan una firme nebulosa, suficiente para dibujar las esencias de su infancia y su querida maestra. Doña Pilar era afable, sociable y siempre estaba sonriente. La cultura minera debía estar entrelazada con los principios del Ave María y con su personalidad. Iba toda de negro, en estricto luto, como hacían las mujeres de la época y, en especial, las viudas de los mineros. Se integraba mucho, lo daba todo, y se sentía arropada. “Era como un cura” no sólo porque se ofrecía a rezar el rosario sino porque “los problemas de la gente los hacía suyos”. “Era muy religiosa pero no santurróna”.

El eco de la guerra se hacía sentir en la escuela y se encontró con un nivel escolar muy bajo. La matrícula osciló entre los quince y los ocho alumnos del final. Ella tenía un lema: “leer, leer y leer de modo comprensivo”.

Los recuerdos sitúan en la escuela una pizarra, un mapa, unos pocos libros y 7 u 8 mesas que giraban alrededor de la estufa de leña como un planisferio. Cuando tomé las notas, con lenguaje actual, Conchi y Rosario coincidieron en señalar que, para aquellos tiempos, era “una maestra muy buena. Una maestra total”.

Vivía sobre la antigua escuela y los vecinos le facilitaban leña y, con frecuencia, algunos alimentos que proporcionaban los surcos arañados en aquella ladera; presentes que se ganaba con creces, pues la clase reglamentaria la extendía a eternas horas de clases particulares, a la lumbre de su hogar.



Fotografía que posiblemente realizó Pilar un 25 de junio de comienzos de los 50 en la romería de Santa Orosia.



Una de las últimas comuniones que hubo en Berbusa. Pilar Cenero, de luto riguroso a la derecha de la imagen.

Doña Pilar constituye un mero ejemplo de aquel enriquecedor flujo de funcionarios y maestros que se producía por todo el territorio nacional, ya desde tiempos de la II República. Los enseñantes hoy ven el endemismo como una ventaja mientras a mí me parece todo lo contrario; un repliegue del concepto patrio y ciudadano, un caer en brazos del localismo del Antiguo Régimen.

En el mismo año que doña Pilar llegó a Berbusa, en 1950, lo hizo a Otal la que sería su amiga Francisca Martínez Sesma, de Alsasua. Al parecer llegó con una hija y ambas

familias acabaron fundidas como una sola. El caso refleja los fuertes lazos que se creaban entre los miembros del magisterio destinados a aldeas de difícil acceso.



Francisca Martínez Sesma, destinada en Otal, junto a su hija (1952)

El nombre y la firma de doña Pilar lo encontré entre los documentos apilados en un armario escolar en la antigua escuela de Orós alto, en 2004.

El edificio escolar pertenece, como se indica en una placa externa, al Plan de Construcciones Escolares del año 1957. Fue levantado en un abancalamiento y posee una planta sótano. Es de piedra, a cuatro aguas, con ventanas amplias, bien expuestas a medio día, con un enorme prado como recreo, y un servicio. Un vecino aportó el terreno, la administración la cuarta parte de los gastos, y el resto lo hizo el pueblo, en dinero o trabajo. Responde al esfuerzo constructor que hizo el Régimen tras la llegada en 1953 de Joaquín Ruiz Giménez al Ministerio Nacional de Educación, la firma del Concordato con la Iglesia, los inicios de la apertura internacional, la culminación de la autarquía del Plan de estabilización y los inicios de los Planes cuatrienales de desarrollo.



La escuela se clausuró el 26 de julio de 1969, con la política de concentración escolar de la Ley General de Educación, y hace alrededor de veinte años que se reformó para servir de centro social de los vecinos, por lo que desaparecieron las mesas y, progresivamente, se fue evaporando el vaho escolar, en beneficio de una barra de bar, un hogar, y una superficie multiusos amplia y diáfana.

Los únicos restos escolares que quedan a día de hoy son una mesa de profesor sin cajones y un armario en cuyas puertas exteriores se puede leer con letras mayúsculas polícromas el lema “CUIDA TUS LIBROS”. Sobre el armario descansan los mismo altavoces Aiwa que vi en 2004 y en el interior conviven en la estantería alta dos archivadores con documentos escolares revueltos, varios libros escolares anteriores a 1969, un gran cartel del Ministerio que reza “la asistencia a las permanencias es totalmente gratuita”, y una bandera que, por estar mal plegada y anudada con el cordel del mástil, presumo que es preconstitucional. En las estanterías bajas se entremezclan las tazas, los vasos y los manteles del centro social. Esto es lo que hay hoy, algo menos que en 2004. Es una lástima que el Museo Pedagógico de Aragón no disponga de medios humanos y económicos para analizar o recoger, en su caso, los materiales más importantes que permanecen en las viejas escuelas como icebergs del pasado a la deriva.

Entre los documentos aparecen los nombres caligrafiados de algunas maestras que pasaron por la escuela: Pilar Cenera, Ester Garcés, Conchita Santos...



Al parecer, Pilar se bajó la documentación de Berbusa a su nuevo destino de Orós y allí permanece parte de ella. Destacaremos la concerniente a la del “complemento alimenticio” de la Ayuda Social Americana. Situemos dicha documentación:

La Guerra Fría favoreció el Pacto de Madrid, firmado el 26 de septiembre de 1953. La colaboración americana vendría en forma militar, económica y de ayuda técnica. La ayuda llegó por canales oficiales o privados. Es el caso del complemento alimenticio procedente de la *Catholic Relief Services*, asimilable a Caritas española, que llegó hasta 1963 como, personalmente, comprobé en las Escuelas Nacionales de Sabiñánigo.

Dicha ayuda llegaba al Servicio Escolar de Alimentación provincial, dirigido por una inspectora y un maestro, en el caso de la provincia de Huesca, Julia Barranquero y Luis Zaborras Cipirán, respectivamente, que disponían de un almacén.

La ayuda venía en forma de leche en polvo, queso y mantequilla –aunque los documentos localizados nunca reflejan esta última modalidad–.

El complemento llegaba, por razones geográficas o sociales, a 888 escuelas de las 1125 que existían en la provincia, disfrutándolo un total de 20.100 alumnos.

La leche en polvo venía en grandes bidones de cartón, mientras que la mantequilla y el queso lo hacían en latas circulares.

El tema era lo suficientemente complejo para que fuese acompañado de un conjunto importante de actos físicos y administrativos.

Para hacer la leche y repartir los alimentos, colaboraban los ayuntamientos y las familias.

Entre la documentación destacan: Los resúmenes del centro escolar colaborador, donde el maestro o la maestra anotaban la estadística de la ingestión de las tres modalidades del complemento alimenticio. Las circulares del Servicio Escolar de Alimentación provincial en las que aparecen consideraciones tales como el agradecimiento de la Ayuda Americana al Magisterio Nacional, recordatorio de normas higiénicas, que dicho complemento era exclusivamente para la población escolar o que debía de repartirse desde el primer día laboral de octubre y el 1 de julio. Y, finalmente, las notificaciones del SAE de Huesca en el que se indicaba a los maestros rurales en qué día y punto debían de ir a recoger dicha ayuda.

Ignoro si doña Pilar solicitaba ayuda en el pueblo o ella misma, tirando de la mula, iba a recoger a las escuelas de Biescas los bidones y latas que le correspondían para el curso. No me extraña que lo hiciera ella sola para no distraer a las buenas gentes de Berbusa en su lucha diaria.



Pilar Cenero Lorenzo, junto a su hija Carmina, en Berbusa, a comienzos de los cincuenta.